



CLAUDIO
ALVARADO
ROJAS

La derecha y el Chile pospandemia:

Luego de los trágicos efectos sociales y económicos de la crisis sanitaria, cada día resulta más profética la temprana advertencia de Angela Merkel: el ejercicio de reconstrucción que viene por delante solo se compara con el titánico esfuerzo del mundo de posguerra. Pero hay más. Las consecuencias de la pandemia llegaron pocos meses después de nuestra mayor fractura política y social desde el retorno a la democracia. Por este motivo, es indispensable volver la mirada a octubre de 2019. Ya desde entonces sabíamos que había un país –un vínculo social– que reconstruir.

En este contexto, el propósito de las páginas que siguen es (1) explorar qué le ocurrió a la política, en especial a los sectores de centro y de derecha, cuando Chile literalmente explotó; (2) rehabilitar ciertas referencias intelectuales que podrían ayudar a dichos sectores a superar los puntos ciegos que –paradójicamente– se hicieron visibles en octubre de 2019, y (3) sugerir algunas orientaciones respecto del rol del Estado y del sistema político para el proceso constituyente y el ciclo pospandemia.

 CLAUDIO ALVARADO ROJAS

Magíster en Derecho Constitucional por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Profesor de derecho público de su *alma mater* y en la Universidad de los Andes. Al presente, director ejecutivo del Instituto de Estudios de la Sociedad (IES).



APUNTES PARA LA RECONSTRUCCIÓN

La derrota de la política

Mientras ardía la red del metro de Santiago y des-puntaban las primeras manifestaciones, quizá lo más llamativo era el silencio de los dirigentes políticos, agudizado en el oficialismo. Salvo un par de alcaldes y la entonces intendenta Rubilar, en esa noche cundía una muda perplejidad. Si acaso es verdad que en una democracia la principal arma del político es la palabra, su ausencia en las horas cruciales auguraba un mal pronóstico. Este rápidamente se vio confirmado, pues con el paso de las semanas se revelaron sucesivas crisis: un déficit de autoridad (el Estado fue incapaz de garantizar el orden público con pleno respeto a los derechos humanos); uno de representación (la notoria desconexión entre la política y la ciudadanía); y uno de legitimidad (la credibilidad de casi todas las instituciones alcanzó mínimos históricos). Naturalmente, la pregunta ineludible es cómo llegamos a este complejo estado de cosas.

1 A continuación, retomo algunas ideas planteadas durante los últi-

Todavía no existe un diagnóstico compartido ni definitivo al respecto². Sin embargo, la perplejidad de la clase política y de las distintas élites criollas permite afirmar que sufrían cierta ceguera. Este fue uno de los factores que impidieron procesar a tiempo el malestar, tan difuso como masivo, que estalló junto con la ola de saqueos y vandalismo en octubre de 2019. En términos simples, el Chile posdictadura nunca fue pura alegría, por más avances que se hayan experimentado durante las últimas décadas. Una serie de indicios lo sugerían de modo patente.

Basta recordar, por ejemplo, la ambivalencia de los votantes entre la primera y la segunda vuelta del año 2017, así como las altas cifras de abstención electoral (para el contundente triunfo de Sebastián Piñera en el balotaje votó menos del 50% de los habilitados); la decreciente credibilidad de casi todas las instituciones (solo pareciera salvarse Bomberos); los múltiples casos de corrupción y abuso —tanto públicos como privados— que terminaron por erosionar casi cualquier legitimidad; la pobreza o vulnerabilidad que ya afligía a tres o cuatro de cada diez chilenos antes de la pandemia (datos disponi-

bles desde el primer gobierno de Sebastián Piñera³), y la deuda promedio de los hogares del país, que según cifras publicadas en 2019 por el Banco Central llegó al 73,3% de su ingreso disponible. Es obvio que nada de esto permitía anticipar la brutal quema del metro de Santiago ni tampoco la «marcha más grande de Chile». Pero si bien nadie predijo ni podía predecir la forma ni la fecha exacta del estallido, muchos de sus componentes eran públicos y notorios.

¿Por qué, entonces, no se consideraron debidamente dichos factores? ¿Por qué nuestras élites políticas y económicas parecían estar tan sorprendidas ante la ambigüedad del país en que vivimos? ¿Cómo explicar, en suma, la ceguera previamente referida? Si bien este tipo de problemas nunca se explica por un solo motivo, en la dificultad para leer las angustias del Chile profundo seguramente influyó en forma decisiva el tipo de lentes y perspectivas —la peculiar ortodoxia económica— que predominó luego del retorno a la democracia.

El problema, casi sobra decirlo, no fue recurrir a los indispensables instrumentos económicos o tecnocráticos, sino desconocer sus limitaciones. El error fue asumir que ellos bastaban para comprender las dinámicas y tensiones propias de la vida común. Este panorama se agravó con el excesivo uso de las encuestas para intentar entender (infructuosamente) a la sociedad. En rigor, las encuestas

mos meses en mis columnas de opinión de *La Segunda* y *Diario Financiero*, así como en el reportaje de «Artes y Letras» de *El Mercurio* «¿Dónde está la política?» (27 de octubre de 2019).

2 Las líneas que siguen son parcialmente tributarias del libro de Daniel Mansuy *Nos fuimos quedando en silencio: la agonía del Chile de la transición* (IES, 2016). Para otros diagnósticos más o menos convergentes según el caso, y que también conviene revisar, véanse: Juan Pablo Luna, *En vez del optimismo* (Ciper y Catalonia, 2017); Carlos Ruiz, *La política en el neoliberalismo* (Lom, 2019), y Carlos Peña, *Pensar el malestar* (Taurus, 2020). También la revista *Punto y coma* n° 4, del IES, centrada en la crisis de octubre, un año después.

3 «Informe de la Comisión asesora presidencial de expertos para la actualización de la línea de la pobreza y de la pobreza extrema», 2014.

nunca son neutras o un lente transparente: tienen sus métodos, sus preguntas y sus sesgos. Como una fotografía, son parciales y momentáneas; reflejan una situación particular y cambiante. Ninguna de estas consideraciones las vuelve inútiles, pero hay fenómenos que simplemente no capturan ni predicen. En este marco, se olvidó la necesaria reflexión teórica, la irremplazable observación sociológica y la insustituible conexión vital con los ciudadanos. No hay sondeo de opinión que llene el vacío de buenas lecturas o varias horas de feria: los hombres de Estado deben cultivar ambas.

Más allá de la complacencia: de Góngora a Vial

Pero eso no es todo. El escenario descrito también expresa un profundo desconocimiento de diversas reflexiones locales, provenientes de las humanidades y ciencias sociales. Hace al menos un par de décadas, varias obras de esta índole han venido mostrando –con sus diferencias– las deudas y tensiones que coexisten con el innegable desarrollo material del Chile de la transición. El elenco de autores es muy variado, y comprende desde Tomás Moulian hasta Alfredo Jocelyn-Holt. Si se quiere, nuestras letras captaron a la perfección ya hace un par de decenios que, tal como enseñaba Raymond Aron, el progreso trae consigo sus propias tensiones.

En particular, desde los años 80 en adelante han existido pensadores ajenos a la izquierda y al progresismo tanto o más críticos que los ejemplos recién aludidos. Volver a ellos –a quienes, a diferencia de las corrientes dominantes en la derecha, vislumbraron los problemas que precedieron a la crisis de octubre– sería de gran ayuda en el momento actual.

En 1981, Mario Góngora describió al régimen de Pinochet como la tercera etapa de la «época de las planificaciones globales»; una «revolución desde arriba» impulsada por «los discípulos de la escuela de Milton Friedman». Así, denunció la

«reestructuración general de la economía, de la sociedad y del poder estatal» bajo «la convicción de que la “libertad económica” es la base de la “libertad política” y, finalmente, de toda libertad». Y todo ello, añade Góngora, «sin tomar el peso a la semejanza de este postulado con los de un marxismo primario». El reconocido historiador concluyó con una advertencia que, vista en retrospectiva, adquiere rasgos proféticos: «La planificación ha partido de cero, contrariando o prescindiendo de toda tradición, lo que siempre trae consigo revanchas culturales»⁴. La crítica de Góngora, por cierto, es convergente con las objeciones a la «tecnología del cambio social programado», cuestionada por el sociólogo Pedro Morandé⁵.

Casi 30 años después, fue otro historiador, Gonzalo Vial, quien subrayó en su último libro –tal como hiciera tantas veces en sus columnas de *La Segunda*– la necesidad de «soldar la fractura social» que atravesaba a Chile. Vial habló sin temor de «fallas abismantes en el ingreso, el trabajo, la vivienda, la salud, la educación, el hogar estable como motor de progreso y prenda de auténtica felicidad». Por cierto, nada de esto le impedía criticar «el fraude de los socialismos reales», la «imposición “globalizada” de un género de vida uniforme» o el «chato egoísmo posmoderno». Pero Vial tampoco dudaba en explicitar una condición indispensable para superar las fallas señaladas: que «a los privilegiados chilenos nos importen los connacionales desposeídos como si fuéramos nosotros mismos –y no ellos– los golpeados por la miseria y la injusticia». Dejar sin solución aquella fractura sería, para el historiador, «detonante de una nueva crisis», un «combustible que la propague e intensifique»⁶.

4 Mario Góngora. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Editorial Universitaria, 2010, pp. 280 y ss. Una discusión sobre las ideas del historiador, en: Gonzalo Galdames y Juan Carlos Vergara (editores). *Mario Góngora: el diálogo continúa... Once reflexiones sobre su obra*. Historia Chilena, 2017.

5 Pedro Morandé. *Cultura y modernización en América Latina*. IES, 2017.

6 Gonzalo Vial. *Chile: cinco siglos de historia*. Zig-Zag, 2009, tomo II, pp. 1391-1396.

Por supuesto, estos autores jamás avalarían la violencia como método de acción política en democracia, ni tampoco la irresponsabilidad jurídica o fiscal que por momentos ha inundado al oficialismo (basta recordar la polémica sobre el «retiro del 10%» de las pensiones⁷). Pero ninguno de ellos miraba con desmesurada complacencia la realidad. De ahí que ofrezcan una sólida base doctrinal e histórica para articular una reflexión política renovada, a la altura del inédito escenario que enfrenta nuestro país en medio del abultado ciclo electoral y del proceso constituyente en curso. Sin duda, se requiere responsabilidad y rigor técnico, pero ni la argumentación puramente económica ni las apuestas centradas solo en el *marketing* lograrán sortear con éxito las carencias del Chile pospandemia.

Más allá de la economía: el Estado y el sistema político

Ninguna de estas consideraciones es exclusiva de nuestro país. En lo que representa una ironía del destino, una de las explicaciones más difundidas sobre la relevancia actual de la política llegó de la mano de Francis Fukuyama, conocido a nivel global por la amplia difusión (con frecuencia imprecisa) de su tesis del «fin de la historia», aunque hace varios años el propio politólogo marcó distancia con la formulación original de esa tesis. En efecto, la crisis sanitaria terminó de sepultar el modo en que típicamente se divulgaron sus ideas luego de la caída del Muro. Así, Fukuyama señaló en un artículo reciente que hay tres atributos que explican el relativo éxito de ciertos países al manejar las consecuencias de la pandemia –ninguno directamente vinculado a sus respectivas capacidades económicas ni epidemiológicas–: las competencias de

Antes que seguir la ruta natural del «parlamentarismo *de facto*», quizá sería más ventajoso volver la mirada al resto del sistema. En concreto, pensar un tipo de sufragio y un mecanismo electoral que ayuden –de manera literal– a acercar la política a la sociedad. Las posibilidades son muchas (no hay un solo tipo de sistema mayoritario), pero da la impresión de que se requiere no solo la obligatoriedad del voto, sino también un mensaje claro para la ciudadanía: que sus preferencias electorales incidirán visiblemente en el resultado.

⁷ Para ahondar en el trasfondo de este tema, véase la columna de Pablo Ortúzar «Reformar hasta que duela», publicada en *The Clinic* el 16 de julio de 2020.



su aparato estatal; la confianza social, sobre todo respecto de los gobernantes, y el liderazgo político⁸.

En el argumento que ahora esgrime Fukuyama resuena una larga tradición de pensamiento, que se remonta a Aristóteles, pasa por Alexis de Tocqueville y llega a autores como Hannah Arendt o Raymond Aron, y que afirma la primacía de los fenómenos políticos al momento de explicar las dinámicas sociales más relevantes⁹. En la actual coyuntura, eso significa que las instituciones y la vida pública de las distintas naciones jugarán un papel especialmente determinante en sus respectivos procesos de reconstrucción pospandemia.

Si lo anterior es plausible, sobra decir que tiene escaso asidero el sueño –la utopía– de un mundo de Estados mínimos, fronteras cada vez más abiertas e insignificantes, y tráfico ilimitado de personas, bienes y capitales. Pero más importante todavía es el hecho de que las consideraciones precedentes obligan a repensar los desafíos de Chile para el futuro próximo y, en particular, el modo en que los sectores de centro y de derecha se aproximan a ellos. Veamos dos ejemplos.

Rol del Estado

Un primer tema acerca del que se requiere un cambio de enfoque es el papel del Estado. Guste o no, el escenario actual favorece el protagonismo del aparato estatal. ¿Cómo enfrentarán esta coyuntura la derecha política, el mundo empresarial y,

⁸ Francis Fukuyama, «The pandemic and Political Order». En *Foreign Affairs*. Julio-agosto, 2020

⁹ Ver más en Raymond Aron. *Democracia y totalitarismo*. Seix Barral, 1968, pp. 27-31.

en general, quienes comprenden tanto las limitaciones del Estado como la relevancia pública de la sociedad civil? Sabemos que el aparato estatal cumple una misión indispensable, pero también que no puede hacerlo todo ni ayudar a todos por igual. ¿Cómo promover estas ideas en un contexto que inevitablemente tiende a relegarlas? ¿Cómo hacer frente a quienes, ante la innegable catástrofe que ya sufren miles de hogares, asumen que Chile deberá tener un Estado de bienestar como el que configuraron varios países europeos luego de la Segunda Guerra Mundial?

Más que negar la realidad o aferrarse a rigidices tecnocráticas sin demasiado correlato ni empatía con las urgencias actuales –y sin posibilidades de éxito político hoy–, conviene realizar las distinciones del caso. Por de pronto, cabe subrayar que el Estado de bienestar del que muchos hablan dista de ser una realidad uniforme. En rigor, no es fácil saber a qué se refieren exactamente sus partidarios locales, porque el llamado Estado de bienestar ha adoptado diversas formas. Por mencionar algunos ejemplos, las realidades de Francia, España, Italia, Noruega o Suecia son disímiles entre sí, y a lo largo del tiempo estas mismas naciones han modificado las funciones de su respectivo aparato estatal.

Con todo, es verdad que estos países han seguido, en mayor o menor medida, los ideales socialdemócratas, que ciertamente han sido muy cuestionados. Por su ineficiencia y poca sustentabilidad en el tiempo, como por su tendencia a intervenir excesivamente en la vida pública, ahogando la vitalidad de la sociedad civil organizada (problema destacado incluso por autores afines a esa sensibilidad,

como Jürgen Habermas¹⁰). Pero el mundo de posguerra también muestra otras alternativas, compatibles con una concepción robusta del principio de subsidiariedad¹¹, y que los sectores de centro y de derecha harían bien en revisar. Por ejemplo, en Alemania se configuró un «Estado social», no inspirado en ideales igualitaristas, sino en el pensamiento de los economistas ordoliberales. Su propósito fue garantizar las necesidades humanas elementales, como alimentación, salud o vivienda, en el marco de una economía social de mercado y en condiciones de suficiente acceso y calidad¹².

Si se quiere, se trata de un modelo que pugna con las visiones económicas nostálgicas del *laissez faire*, pero también con la planificación central; por de pronto, no excluye el concurso de los privados en la provisión de bienes públicos. En circunstancias como las que hoy vivimos, conviene profundizar en este tipo de perspectivas, que favorecen una economía inserta en la cultura e idiosincrasia de sus respectivas sociedades¹³. Mirar de cerca la experiencia alemana, sus ideas fundantes y su marco institucional tal vez nos ayude a recordar que hay muchos modos de fortalecer el Estado y de reconstruir un país.

10 Jürgen Habermas. *Facticidad y validez*. Trotta, 1998, p. 144.

11 Para ahondar en este principio, véase Pablo Ortúzar (ed.). *Subsidiariedad: más allá del Estado y del mercado*. IES, 2015.

12 Ver más en Eloísa Del Pino y María Josefa Rubio (eds.). *Los Estados de bienestar en la encrucijada*. Madrid: Tecnos, 2013, pp. 23 y ss.

13 Ver más en Andreas A. Böhmeler. *El ideal cultural del liberalismo. La filosofía política del ordoliberalismo*. Unión Editorial, 1998.

Sistema político

También será crucial para el oficialismo advertir las nocivas consecuencias de su desdén ante el sistema político. En pocos años se transitó desde una defensa a rajatabla del sistema electoral binominal hacia la promoción, tanto o más irreflexiva, de distintos cambios institucionales en este ámbito (y en 2020 la consigna parecía ser reducir el número de parlamentarios). Sin embargo, ni los cantos de sirena del voto voluntario ni los del nuevo sistema electoral –ambos empujados por el primer gobierno de Sebastián Piñera– generaron efectos positivos¹⁴. En rigor, la suma de ambas modificaciones agravó un panorama que ya venía deteriorándose, con sus distritos enormes, su lógica comprensible apenas para un puñado de expertos y el consiguiente deterioro de nuestra cultura cívica. La crisis de octubre reveló las implicancias de la ruptura entre la política y la ciudadanía, acrecentada no solo por casos de corrupción y prácticas reñidas con la ética pública, sino también por este nuevo diseño institucional. Mal que nos pese, quedaron a la vista la fragmentación y la polarización de las élites partidarias, y el bloqueo del sistema político.

Sorprende, entonces, que vastos sectores del oficialismo pongan sus fichas en el semipresidencialismo, como si fuera la solución automática a los inconvenientes descritos. Además de ciertos problemas que parecen indisociables de este

híbrido¹⁵, nada indica que convenga continuar erosionando la figura presidencial, el «principal resorte de la máquina» de la institucionalidad chilena, según la célebre fórmula portaliana. Antes que seguir la ruta natural del «parlamentarismo *de facto*», quizá sería más ventajoso volver la mirada al resto del sistema. En concreto, pensar un tipo de sufragio y un mecanismo electoral que ayuden –de manera literal– a acercar la política a la sociedad. Las posibilidades son muchas (no hay un solo tipo de sistema mayoritario), pero da la impresión de que se requiere no solo la obligatoriedad del voto, sino también un mensaje claro para la ciudadanía: que sus preferencias electorales incidirán visiblemente en el resultado¹⁶.

Como ya señalamos, no hablamos de cuestiones triviales. Si –parafraseando una expresión habitual en los ambientes oficialistas– se busca retomar pronto la senda del progreso, los elementos políticos e institucionales serán tanto o más indispensables, y tanto o más influyentes en la propia economía, que las iniciativas directamente vinculadas al empleo, el consumo y la inversión. Asumir vital e intelectualmente esta realidad en el marco del proceso constituyente quizá sea la tarea más urgente del centro y la derecha política. **R**

¹⁴ «Larroulet a T13: “Hay una reacción simplista y de corto plazo al buscar reponer voto obligatorio”». 20 de junio de 2016. En: <https://www.t13.cl/noticia/politica/cristian-larroulet-rechaza-reponer-voto-obligatorio> (Rescatado el 11 de enero de 2021).

¹⁵ Un buen resumen de ellos, en la columna de Daniel Mansuy, «Semiequivocado». *Qué Pasa*. Mayo, 2016.

¹⁶ Para profundizar en este aspecto, véase el artículo de Matías Petersen «En busca de un pacto social». *Punto y coma* no 3. IES, 2020. Una propuesta concreta de modificación al sistema electoral, en Florencia Serra y Gonzalo Valdés. «Mixto chileno: un sistema electoral a la medida». Centro de Políticas Públicas de la Universidad Andrés Bello, 2020. Disponible en www.cpp.unab.cl